

cara a la ardua tarea, que le llevó muchos años, de recopilar y recuperar la memoria de tal personaje, para presentarnos parte de sus hallazgos en este libro. Queda, sin embargo, por escribir una biografía definitiva de este líder agrario, la cual se nos viene anunciando hace años por parte de una investigadora de la Universidad Nacional, que hasta el momento sólo ha presentado uno que otro artículo pero nada consistente al respecto.



Para concluir, podemos señalar que en la trágica y aleccionadora historia de Colombia existen temas y regiones que han concitado la atención de los investigadores por la radicalidad de la lucha librada durante el siglo xx. En el ámbito de lo urbano, por ejemplo, es notable la atracción que despierta el estudio de Barrancabermeja en razón de la movilización social, política y cultural que allí se ha librado desde las primeras décadas del siglo anterior. En lo agrario, existen varias zonas que han brillado por las luchas sociales que allí se han desplegado, como sucede con algunos lugares de la costa atlántica, con regiones cafeteras, pero ninguna tal vez ha tenido tanta importancia para la investigación histórica como el Sumapaz y el oriente del Tolima. Por ello, a esta zona del país se han consagrado notables estudios como los realizados

por Darío Fajardo, Jacques Aprille-Gnisset, Elsy Marulanda, José Jairo González, Alfredo Molano, Anni Caputo, entre otros. No obstante, estos investigadores han abordado aspectos parciales de un determinado momento histórico, como las luchas de las décadas de 1920-1930, el impacto de la ley de tierras de 1936, relatos sobre la época de la Violencia, la resistencia de Villarrica y la represión de la dictadura militar. Faltaba un estudio de síntesis que intentara incorporar los resultados de estas pesquisas y que, además, incluyera nueva documentación que permitiera tener una visión de conjunto sobre las luchas agrarias en el Sumapaz y el oriente del Tolima durante toda la centuria anterior. Eso justamente es lo que se han propuesto las autoras de la investigación que reseñamos, lo cual puede considerarse como un gran aporte, teniendo en cuenta el predominio actual de los estudios fragmentarios y micros sobre la historia de Colombia.

Desde el punto de vista formal, debo señalar que afortunadamente el libro está bien editado y en él se han publicado cerca de treinta fotografías, las cuales lo ilustran y lo hacen atractivo, y, lo que es más importante, proporcionan al lector unas fuentes iconográficas de primera mano, que nos introducen en el terreno de la memoria visual de una importante lucha social de la historia de nuestro país. Así mismo, es de destacar la buena calidad editorial del libro, aunque es lamentable que la presentación de las notas a pie de página no sea la mejor, porque en lugar de enumerar cada capítulo por separado se hace un listado interminable hasta llegar casi a quinientas, algo muy pesado para el lector.

Unas palabras finales para recalcar lo que aquí se ha dicho en torno a los campesinos, palabras pronunciadas hace cuarenta años por el líder agrario Juan de la Cruz Varela y de una actualidad sorprendente, que son citadas en el libro que hemos reseñado: “Desde las ciudades no se oyen los disparos; no se oyen los quejidos de los heridos ni de las víctimas; no se ven las ruinas deja-

das en los campos que materialmente el tiempo va borrando, ni se ve el humo de los incendios. Podríamos decir que la sangre seca pronto, pero el recuerdo dura, más cuando la indiferencia trata de perpetuarse”.

Solo esperamos que este libro contribuya a mantener el recuerdo vivo de una gesta popular que enalteció a los campesinos colombianos y se convirtió en ejemplo de dignidad y superación y que nos ayude a impedir que se perpetúe de manera permanente la indiferencia con respecto a la tierra, a los campesinos, a sus sufrimientos y sus luchas.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Un texto ágil y crítico que debe estar entre los activos de la historiografía

Historia y nación.

Tentativas de la escritura de la historia en Colombia

Alexander Betancourt Mendieta

La Carreta Editores,
Universidad de Antioquia,
Coordinación de Ciencias Sociales
y Humanidades,
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí (México),
Medellín, 2007, 293 págs.

Este libro de Betancourt debe figurar en cualquier bibliografía latinoamericana y debe ser de lectura obligada en los cursos de historiografía colombiana. Es el tipo de texto ágil y crítico del que había urgencia en Colombia y en una disciplina que, como abunda el autor, ha consolidado la fase de profesionalización. Betancourt parte, en buena medida, del ejercicio abierto y paciente que Jorge Orlando Melo asumió durante años: presentar periódicos balances historiográficos orientados por el rigor y la ecuanimidad. Pero, este trabajo, que es también riguroso y

ecuánime, es mucho más ambicioso, inquisitivo y abarcador.

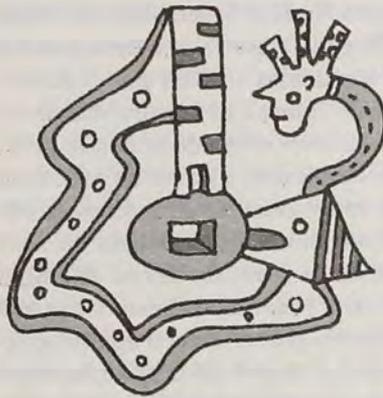
Sin pretender erudición ni enciclopedismo, Betancourt ilustra sus tesis mediante un recorrido sucinto por las grandes líneas del desarrollo de la historiografía colombiana (“los marcos metodológicos e institucionales”), concentrándose en elementos significativos de la producción de los historiadores más reconocidos. En semejante viaje, Betancourt suele detenerse en la obra de muchos otros historiadores, politólogos, economistas y sociólogos, quienes también han contribuido al desarrollo de la disciplina, con las limitaciones ya mencionadas, y, se esmera en considerar los principales trabajos propiamente historiográficos del país.

No habrá lugar a perderse en un texto que, para el caso, es sencillo como puede serlo la línea recta. En seis capítulos cubre la formación de la disciplina. En el siglo XIX, Restrepo, Posada Gutiérrez, Groot, Henao y Arrubla, inventan, por así decirlo, una historia nacional que arrancarían en la misma Independencia. Sigue la parábola de la Academia Colombiana de Historia, con liberales del estilo de López de Mesa, que resulta clave en la primera profesionalización de la disciplina. De este hito sigue la aparición de los “revisionistas” que introducen en forma explícita dimensiones sociológicas de un lado, Nieto Arteta el más importante, y, del otro, aparecen los actores populares, verbigracia en *Los comuneros* de Arciniegas.

El Frente Nacional, ofrece el marco de la siguiente etapa: un nuevo revisionismo que se exhibe en un tratamiento menos afable a los héroes epónimos de los dos partidos: Bolívar y Santander. En este revisionismo aparecen esquemas como el popular de pueblo-oligarquía de Liévano Aguirre y proyecciones de tono menor, marxistas en diferentes versiones que, más o menos, de Antonio García a Nicolás Buenaventura, sacaron a la superficie la pertinencia de la lucha de clases.

El siguiente episodio refiere “la Nueva Historia” (así bautizada por

un poeta, subraya el autor), fenómeno que implantó, de manera definitiva, un sustituto profesional e idéneo de la Academia Colombiana de Historia. Aquí se destaca la voz de Jaramillo Uribe y de dos de sus principales discípulos, Colmenares y Melo, quienes, sugiere el autor, pese a sus avanzados métodos, no logran escribir una historia que reconstruya el pasado nacional como una obra inclusiva.



En un primer plano, la “Nueva Historia” se dedicó de lleno a explorar las bases materiales de la modernización del país a partir de la estructura colonial al precio de dejar invisible “la nación”. En un plano quizá más profundo, las notas institucionales dominantes de esta nueva fase del desarrollo de la disciplina son un huir del presente, dejar pendiente el tema de la nación, encerrarse y no dialogar con otras disciplinas, ni entre los historiadores. “En Colombia los distintos modos de escritura de la historia no han sostenido una confrontación dialéctica, ni se han expresado sus diferencias a partir de los parámetros de las comunidades académicas.”

Así, algo impopular, enclaustrada disciplinar y geográficamente, y poco dispuesta a crear ambientes de crítica interna y diálogo, la historiografía colombiana, siempre (y no sólo ahora) ha estado en mora de replantear, recoger, debatir y salir al mundo. No cabe duda que semejante diagnóstico, así como los remedios propuestos serán, quizá, objeto de controversia, aunque, si el autor está en lo

correcto, tal controversia habrá de ser oblicua y algo apagada.

A riesgo de parecer indecoroso y aprovecharme de una reseña para controvertir críticas a mi trabajo, quisiera decir que, a mi parecer, Betancourt no entendió la tesis central de mi ensayo *La clase más ruidosa* (1982). Allí señalé que la incapacidad del “cachaco conquistador” de cumplir su cometido civilizador hegemónico, primero lo llevó a la ilusión y luego a la simulación, al arribismo y a la impostura radical con altísimo costo social, político y cultural y en desmedro de la integración de una nación moderna.

Dicho esto, sintetizo: *Historia y nación* entra a la columna de los activos de la historiografía colombiana.

MARCO PALACIOS

Historias todavía por descubrir

A falta de oro: linaje, crédito y salvación.

Una historia del Real Convento de Santa Clara de Santafé de Bogotá, siglos XVII y XVIII

María Constanza Toquica Clavijo
Universidad Nacional de Colombia,
Ministerio de Cultura, Instituto
Colombiano de Antropología e
Historia, Bogotá, 2008, 428 págs.

La obra de Constanza Toquica es un interesante trabajo sobre la historia de uno de los conventos más importantes de Santafé de Bogotá durante el periodo colonial. La investigación que le da origen se realizó como tesis de grado para obtener el título de Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, dentro de la línea de investigación de Historia de las Religiones y fue dirigida por Ana María Bidegain. La profesora Bidegain, con bastante razón, indica en el prólogo que este trabajo constituye un aporte a la historia del catolicismo y de las mujeres en Colombia, dado que la historia social